

## Natassia M. Kelly, Ex-Cristiana, Estados Unidos

### (parte 1 de 2)



Fui educada para creer en Dios desde niña. Iba a la iglesia prácticamente todos los domingos. Asistía a las clases de Biblia y cantaba en el coro. Aún así, la religión no era una parte muy importante de mi vida.

Había momentos en que creía estar cerca de Dios. A menudo le rezaba para pedirle orientación y fuerza en momentos de desazón, o para expresarle un deseo en tiempos mejores. Pero pronto caí en la cuenta de que esta sensación de cercanía se evaporaba rápidamente cuando dejaba de pedirle algo a Dios. Me di cuenta de que si bien creía, no tenía fe.

Veía al mundo como un juego en el que Dios participaba de vez en cuando. Él inspiró a las personas a escribir una Biblia, y de alguna manera las personas pudieron encontrar la fe dentro de esa Biblia.

A medida que iba creciendo e iba conociendo mejor el mundo, creía más en Dios. Creía que debía existir un Dios para poner un poco de orden al caos del mundo. Creía que, si no existiera Dios, el mundo habría terminado en una completa anarquía hace miles de años. Me sentía reconfortada de creer que había una fuerza sobrenatural que guiaba y protegía al hombre.

Los niños normalmente adoptan la religión de sus padres. Yo no era la excepción. A los 12 años, comencé a pensar más profundamente en mi espiritualidad. Me di cuenta de que había un vacío en mi vida, donde debería estar la fe. Cada vez que necesitaba algo o estaba desesperada, simplemente le rezaba a alguien llamado “Señor”. ¿Pero quién era realmente este Señor? Una vez le pregunté a mi madre a quién debía rezarle, si a Jesús o a Dios. Creyendo que mi madre tenía razón, le recé a Jesús y a él le atribuí todas las cosas buenas.

Siempre me dijeron que la religión no se discute. Mis amigos y yo intentamos hacerlo muchas veces. Solía discutir con mis amigos sobre el Protestantismo, el

Catolicismo y el Judaísmo. A través de esos debates buscaba dentro de mí cada vez más, y decidí que debía hacer algo sobre mi sensación de vacío. Por eso, a la edad de 13 años, comencé mi búsqueda de la verdad.

La humanidad está constantemente buscando el conocimiento o la verdad. Mi búsqueda de la verdad no se podía considerar una búsqueda activa de conocimiento. Continuaba participando de los debates y leía más La Biblia, pero no pasaba de eso. Durante ese lapso de tiempo, mi madre advirtió mi comportamiento, y desde ese entonces estuve en una “fase religiosa”. Mi comportamiento estaba muy lejos de ser sólo una fase. Me limitaba a compartir mi nuevo conocimiento con mi familia. Aprendía sobre las creencias, prácticas y doctrinas dentro del Cristianismo y de algunas creencias y prácticas dentro del Judaísmo.

Unos meses después de comenzada mi búsqueda, caí en la cuenta de que si creía en el Cristianismo, tenía que creer también que estaba condenada al Infierno. Sin siquiera considerar mis pecados anteriores, me encontraba en “un camino de ida hacia el Infierno”, como suelen decir los pastores sureños. No podía creer todas las enseñanzas del Cristianismo. Sin embargo, lo intentaba.

Recuerdo muchas veces estar en la iglesia y luchar conmigo misma durante el llamado a ser discípulo. Me decían que bastaba con atestiguar que Jesús era mi Señor y Salvador para garantizarme una vida eterna en el Paraíso. Nunca caminé hacia el altar para recibir las manos extendidas del pastor, y mi reticencia aumentaba más mis miedos de ir al Infierno. Durante ese tiempo, estaba intranquila y tenía perturbadoras pesadillas; me sentía muy sola en el mundo.

Pero no sólo carecía de fe, sino que también tenía muchas preguntas que formulaba a cuanto cristiano bien instruido encontraba, pero nunca recibía respuestas satisfactorias. Sólo decían cosas que me confundían aún más. Me decían que yo intentaba aplicar la lógica a Dios, y que si tenía fe podía simplemente creer e ir al Paraíso. Bueno, ese era mi problema: No tenía fe. No creía.

En realidad, no creía en nada. Sí creía que había un Dios y que Jesús era su hijo enviado para salvar a la humanidad. Eso era todo. Sin embargo, mis preguntas y mi razonamiento excedían mis creencias.

Las preguntas continuaron. Mi perplejidad aumentaba. Mi incertidumbre aumentaba. Durante quince años seguí ciegamente una fe, simplemente porque era la fe de mis padres.

**(parte 2 de 2)**

Algo sucedió en mi vida que hizo que la poca fe que tenía desapareciera por completo. Mi búsqueda se había detenido. Ya no buscaba dentro de mí, en la Biblia o en la iglesia. Me había dado por vencida momentáneamente. Era una persona amargada, hasta que un día un amigo me regaló un libro titulado “Diálogo entre cristianos y musulmanes”.

Tomé el libro y lo leí. Me avergüenzo de decir que durante mi búsqueda, nunca consideré ni una sola vez otra religión. El Cristianismo era lo único que conocía, y nunca siquiera pensé en dejarlo. Mi conocimiento del Islam era mínimo. De hecho, estaba lleno de conceptos errados y estereotipos. El libro me sorprendió. Descubrí que no era la única que creía que existía un solo Dios. Pedí más libros. Recibí los libros y también algunos folletos.

Aprendí del Islam desde un aspecto intelectual. Tenía una amiga cercana que era musulmana y le hacía preguntas sobre las prácticas islámicas. Nunca consideré al Islam como mi fe. Muchas cosas del Islam me resultaban extrañas.

Luego de unos meses de leer, comenzó el mes de Ramadán. Todos los viernes, me sumaba a la comunidad musulmana local para romper el ayuno y escuchar la recitación del Corán. Hacía las preguntas que pudiera tener a las otras jóvenes musulmanas. Me asombraba al ver cómo alguien podía tener tanta certeza en lo que creía y seguía. Me sentía atraída por esa religión que me causaba extrañeza.

Al haber creído que estaba sola durante tanto tiempo, el Islam me reconfortó de muchas maneras. El Islam llegó como un recordatorio para el mundo. Llegó para guiar a las personas por el camino correcto.

Las creencias no eran lo único importante para mí. Quería una disciplina con la cual moldear mi vida. No quería simplemente creer en alguien que fuera mi salvador y obtener así un pasaje al Paraíso. Quería saber cómo actuar para recibir la complacencia de Dios. Quería estar cerca de Dios. Quería estar consciente de Dios. Más que nada, quería tener la oportunidad de llegar al Paraíso. Comencé a sentir que el Cristianismo no me daba eso, pero el Islam sí.

Continué aprendiendo más. Fui a la celebración del Eid (día de celebración que sigue al ayuno de Ramadán y al rito del Hayy) y a las clases semanales [de los viernes] con mis amigas.

Con la religión uno obtiene paz mental. Una calma general. Esto había sido algo intermitente en mí durante unos tres años. En los tiempos de intranquilidad, me volvía más susceptible a las tentaciones de Satán. A principios de febrero de 1997, llegué a la conclusión de que el Islam era la religión correcta y verdadera. Sin embargo, no quería tomar decisiones apresuradas. Decidí esperar.

En este lapso de tiempo, las tentaciones de Satán aumentaron. Puedo recordar dos sueños en que él estuvo presente. Satán me llamaba hacia él. Después de

despertarme de esas pesadillas, encontré refugio en el Islam. Me encontraba repitiendo el testimonio islámico de fe (*Shahadah*). Estos sueños casi me hacen cambiar de opinión. Se los conté a mi amiga musulmana. Ella me sugirió que a lo mejor Satán intentaba alejarme de la verdad. Nunca lo había pensado de esa forma.

El 19 de marzo de 1997, luego de regresar de una clase semanal, recité para mí misma el testimonio islámico de fe (la *Shahadah*). Luego, el 26 de marzo, lo recité ante testigos y me convertí oficialmente en musulmana.

No puedo expresar la alegría que sentí. No puedo expresar el peso que me saqué de encima. Finalmente tenía paz en mi mente.

Han pasado cinco meses desde que recité la *Shahadah*. El Islam me ha hecho una mejor persona. Soy más fuerte ahora y entiendo más las cosas. Mi vida cambió de forma significativa. Tengo un propósito ahora. Mi propósito es demostrarme a mí misma que soy digna de una vida eterna en el Paraíso. Ya tuve mi larga búsqueda de la fe. La religión es parte de mí todo el tiempo. Luchó todos los días para ser la mejor musulmana posible.

La gente se sorprende de cómo una joven de quince años puede tomar una decisión tan importante en la vida. Estoy agradecida de que Dios me haya bendecido con este estado mental con el que fui capaz de encontrar Su guía siendo tan joven.

Es difícil luchar por ser un buen musulmán en una sociedad dominada por cristianos. Vivir con una familia cristiana es aún más difícil. Sin embargo, intento no desalentarme. No deseo vivir en mi predicamento actual, pero creo que mi esfuerzo simplemente me hace más fuerte. Una vez alguien me dijo que soy mejor que algunas personas que nacieron en un hogar islámico, pues tuve que buscar, experimentar y darme cuenta de la grandeza y la misericordia de Dios. He adquirido el razonamiento de que setenta años de vida en este mundo no se comparan en nada a la vida eterna en el Paraíso.

Debo admitir que carezco de la aptitud para expresar la grandeza, la misericordia y la gloria de Dios. Espero que mi relato haya ayudado a otros que pueden estar sintiéndose como yo me sentí, o luchando de la manera en que yo luché.